

Alí Chumacero  
**Los momentos  
 críticos**

Selección,  
 prólogo y bibliografía  
 de Miguel Ángel Flores

“Dicho más claramente: no hay contradicción entre el poeta y el crítico, sí para escribir poesía se emplea principalmente la imaginación y para hacer crítica se hace uso principalmente de la razón y el conocimiento.

El crítico conduce no sólo a la lectura de los libros que están apareciendo sino que contribuye a que el caos de la imaginación, o peor aún, de las imaginaciones, se profile en una continuidad que al fin y al cabo creará lo que llamamos tradición de la literatura. (...)

El crítico debe ser el ordenador y el orientador, y mientras más críticos haya, mejor.”

Extracto de la entrevista que aparece en el prólogo al libro.

LETRAS MEXICANAS

Otros títulos sobre el tema:

Albert Béguin

CREACIÓN Y DESTINO

I. Ensayos sobre crítica literaria

II. La realidad del sueño

Fabienne Bradu

SEÑAS PARTICULARES:

ESCRITORA

Ensayos sobre escritoras  
 mexicanas del siglo XX

Noé Jitrik

LA VIBRACIÓN  
 DEL PRESENTE



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

St. James's Park, correr y tumbarme a la orilla del lago. Mas no.”

El viaje sirve además como incursión paralela en la realidad mexicana: el viajero mira, comprende, compara; su identidad se define a partir de lo ajeno; el conocimiento de lo ajeno se origina en el descubrimiento de lo propio. *Se es* a la vez que *se parece*: ante la “ontological card” el lector es invitado a valorar y a valorarse; la página en blanco frena la velocidad contagiosa del libro. Fernando Curriel nos obliga a meditar y a lo largo del libro encuentra las más divertidas estrategias para ello; nos insertamos en su libro a partir de poemas, dibujos, recortes de periódico, de las fotos del “album”. Nos conectamos, dentro del libro, con la memoria y la mirada que nos preceden.

*Vida en Londres* nos recuerda que, en nuestro tiempo los mitos envejecen antes que nosotros mismos: el viaje pretende visitar los 60' y la modernidad contagiosa de sus generaciones jóvenes para encontrarse con sus ecos; de las corrientes “beat” y “pop”, de su violencia renovadora no quedan más que las formas tan disciplinadas de denuncia de los jóvenes ingleses de hoy. Una voz irónica a la vez que melancólica evoca la Naranja Mecánica: Inglaterra se ha dejado domar. Sus jóvenes son los Little Alex ya saturados de su misma violencia pasada, de su modernidad.

En el texto sobrevive la capacidad de sorprenderse ante los periódicos, los servicios telefónicos poéticos, las formas de protesta; la serie de retratos del “album” son un guiño al lector que todavía guarda su solemnidad: Inglaterra sigue siendo esto también. Pero a ellos —a la Reina Victoria, a Orwell, a Virginia Woolf— cada quien los revive a su manera. Vueltos a nuestras propias fórmulas —si es que así lo queremos— estamos ya preparados para el “fade out”. Nos podemos reubicar, si este es nuestro deseo, en la cómoda Inglaterra de la memoria compartida.

Predisuesto por los rituales propios de su viaje, Fernando Curriel se entusiasma, critica, se sorprende, expresa nostalgias, busca equivalencias de lo propio en lo ajeno, comprueba y refuta prejuicios y opiniones, evoca, poetiza. *Vida en Londres*, mensaje mexicano al Viejo Mundo, se instala en aquel género de libros de viajes sentimentales cuyo sabor refinado se lo debemos a Sterne. ♦

ANTOLOGÍA DE  
 ELIZABETH BISHOP

EL PAISAJE  
 INTERIOR

Por Perla Schwartz

Mínimamente ha sido difundida al español la obra de la poeta norteamericana Elizabeth Bishop (1911-1979). En su momento fue traducida por Octavio Paz y estuvo presente en sus *Versiones y diversiones*; posteriormente se ocuparon de ella Ramón Xirau, José Emilio Pacheco y Ulalume González de León; ésta última se encargó de elaborar una compilación breve para la colección “Material de lectura”.

Por eso resulta importante el volumen antológico que ha publicado *El Tucán de Virginia* en coedición con *Cuadernos de La Orquesta* del CREA en su serie *Los Bifidos*, libro preparado por la poeta Verónica Volkow que de este modo puede agradecerle el bagaje poético a su admirada Elizabeth Bishop, con quien al traducirla realiza una especie de juego de espejos.

Bishop es una poeta cien por ciento descriptiva, en una perspectiva visionaria y reflexiva, que a través de la realidad externa se preocupó por buscar los trazos de su propio itinerario interno en una proyección hacia lo universal que sostuvo hasta el final.

Poco antes de morir hacia 1977 declaró a su amiga Joan Keefe en una carta: “Indudablemente cada género juega una parte importante en el hacer artístico, pero el arte es arte por sí mismo, sin separar escritos, pinturas, o composiciones musicales en dos sexos, porque ésto es enfatizar valores que no son necesariamente artísticos.”

Elizabeth Bishop nació en Worcester, Massachusetts, en 1911; dejándola huérfana su padre a los ocho meses de edad fue criada por sus abuelos maternos y una tía en Boston, debido a que su madre sufría sucesivas crisis nerviosas que indudablemente dejaron una huella de soledad en la poeta. Viajera incansable conoció Francia, Bélgica, Inglaterra, España, Italia, el norte de Africa hasta que radicó la mayor parte de su vida en Brasil, que se convirtió en una prolonga-

ción de sí misma, en el alcance del paisaje deseado; incluso tiene varias traducciones del portugués al inglés.

Sólo regresó a Estados Unidos hasta 1969 donde fue maestra de las Universidades de Washington y Harvard. Su bibliografía poética se resume en los volúmenes: *Norte y sur* (1946), *Preguntas de viaje* (1965) y *Geografía III* (1976).

En la antología realizada por Verónica Volkow se incluyen poemas de los tres libros mencionados, además de los incluidos en *De otra parte* y *Primavera fría*. Tan sólo lamentamos la ausencia de uno de sus más intensos poemas "Invitación a Marianne Moore", el resto de la selección nos da un acercamiento correcto a Elizabeth Bishop.

Ella fue la poeta del paisaje interior, aquella que supo describir ese mundo solitario que observó desde el silencio, la escritora de los personajes extraños como *El hombre polilla* o *El Caballero de Shalott*, al tiempo que voz de un enigmático hermetismo espiritual.

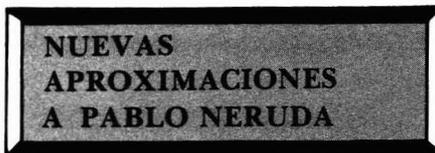
Apunta certera Volkow en la introducción: "Quizá la poesía de Elizabeth Bishop desde un principio fue la búsqueda de una ubicación sin ubicación, de un lugar sin lugar entre otros lugares, de un lugar sin lugar en el orden social, de un lugar que de alguna otra manera sólo quiere ser íntimo, ser sólo él mismo, de una atopía, de una utopía."

La antología está presentada de manera bilingüe, lo que permite conocer con mayor fidelidad a la poeta y poder entablar una confrontación entre el original y su correspondiente traducción; hay una selección de 19 poemas, entre los que destacan "El caballero de Shalott", ese hombre que en sus propios reflejos cuenta con la capacidad del autodescubrimiento y el asombro, dejando escapar esa sutil ironía que tan bien supo manejar la poeta norteamericana; "Paisaje marino", encuentro y desencuentro entre el oleaje y el cielo; "Casas para la pesca", vivencia en el Brasil que nos remite hacia el propio conocimiento introspectivo. "Preguntas de viaje", ubicable como una metafísica de la propia existencia: "Continente, ciudad, país, sociedad:/ la elección no es nunca amplia, ni es nunca libre./ Y aquí, o allá... No. ¿Debimos quedarnos en casa,/ dondequiera que ésta se encuentre?" Sin faltar el ya clásico "Visitas a Saint-Elizabeth" inspirado a partir de una visita a Ezra Pound con profundos ecos de las propias vivencias con su madre internada

en un asilo para débiles mentales.

En suma, se trata de una valiosa oportunidad de conocer a una vasta escritora importante, vital para el desarrollo de la literatura norteamericana del siglo XX. ◇

Elizabeth Bishop. *Antología*. Selección, versiones y prólogo de Verónica Volkow. El Tucán de Virginia y Los Cuadernos de *La Orquesta*. México, 1986.



## POESÍA DE INAGOTABLE JUVENTUD

*Por Hernán Lavín Cerda*

No es ésta la primera vez que escribo sobre Pablo Neruda; lo he venido haciendo desde hace unos veinte años, con relativa certidumbre y frecuencia: artículos, ensayos, notas críticas, recuerdos y poemas. A pesar de ello, su figura siempre se me escapa como si fuese el fantasma de aquellos mascarones de proa en su casa de Isla Negra, junto al océano no siempre pacífico que a veces azota las costas de Chile.

Tal vez debí decir que se nos escapan su genio y figura hasta más allá de la sepultura. Dicho de otro modo, su poesía es como la contradictoria fuente de la inagotable juventud. De pronto pareciera envejecer, aunque la supuesta senectud es engañosa y tiene mil caras como todo espejismo verdadero; no obstante, algo se envejece, pero como por arte de magia, algo también rejuvenece. Hay un milagro oculto que no siempre se revela. Probablemente el fenómeno tiene su origen en aquella perdurable descolocación o deslizamiento lingüístico que es el arte de la poesía, con todas las consecuencias imaginables e inimaginables.

Navegaciones, más de algún naufragio, y regresos. Idas y venidas; altas y bajas mareas, como dentro de los límites de un paradigma romántico: así fue siempre la vida de este *viajero inmóvil*, como alguna vez lo rebautizó Emir Rodríguez Monegal con un oxímoron feliz. In-

movilidad a menudo transgredida por el propio poeta en sus itinerarios a lo largo y ancho de nuestro mundo. Una existencia que estuvo regida por el ritmo del péndulo: del escepticismo al júbilo, del aislamiento a la solidaridad, de la penetración órfica a la claridad de los objetos descubiertos o inventados por el hombre, de las lluvias infinitas al sol que hace germinar la semilla sepultada en la tierra, de la desesperación a la esperanza y finalmente al fatalismo, del optimismo a la duda y de allí al apocalipsis, del realismo ingenuamente socialista a las preguntas interminables y sin respuesta, del dolor al juego, de la pasión al desengaño del cuerpo que se enferma, de la admiración a Stalin al aborrecimiento —para algunos, demasiado tardío; para otros, más vale tarde o póstumo...—, de los crepúsculos de Santiago de Chile en la década del veinte a los vuelos por todo el mundo, del trágico sentimiento unamuniano al amor por los combates populares y en contra del oscurantismo, del torbellino de las multitudes al cansancio, como él mismo lo advierte en *Animal de luz*, uno de sus textos más conmovedores que aparece en su obra póstuma *Jardín de invierno*: "Soy en este sin fin sin soledad/ un animal de luz acorralado/ por sus errores y por su follaje (...) De tanto ver mis ojos otros ojos/ y mi boca de tanto ser besada,/ de haber tragado el humo/ de aquellos trenes desaparecidos:/ las viejas estaciones despiadadas/ y el polvo de incesantes librerías,/ el hombre yo, el mortal, se fatigó/ de ojos, de besos, de humo, de caminos,/ de libros más espesos que la tierra.// Y hoy en el fondo del bosque perdido/ oye el rumor del enemigo y huye/ no de los otros sino de sí mismo,/ de la conversación interminable,/ del coro que cantaba con nosotros/ y del significado de la vida". Entre otras cosas, Neruda experimentó en carne propia las delicias y sufrimientos del culto a la personalidad, así como fue adicto a la estética del gigantismo un tanto simplista que por fortuna no alcanzó a infiltrarse en toda su obra; ésta es mucho más libre que cualquier afán programático desarrollado sin tolerancia. La creación en este poeta es, entonces, un acto libertario de lucidez habitual, de muerte a la rutina, de asombro permanente a través del juego y del fuego, como en alguna oportunidad lo diría refiriéndose al trabajo de Vicente Huidobro. "En sus últimos años —confiesa Neruda en uno de sus textos en prosa—, Huidobro trató de reanudar y